**P. Pablo Kasun, OSB**

**El Rosal, Colombia – Monasterio Trapense**

**13 de agosto de 2023, Decimonovena Semana: Domingo; Año A**

**1 Reyes 19, 9.11-13; Romanos 9, 1-5; Mateo 14, 22-33**

 De 1979 a 1984, yo trabajaba en una sala de cine y de este trabajo inicié relaciones nuevas y duraderas. En 1981, después de un día de trabajo, uno de mis amigos del trabajo, me invitó a ver la película «Gente corriente», o también conocida como, «Gente como uno.» Este amigo era Thomas Hunter. La película ganó el premio a la mejor película en 1980. De todas las películas, es ésta la que se ha ganado mi mayor admiración. Trata de una pareja, Beth y Calvin, con sus hijos, Buck y Conrad. Vivían en la región de Chicago. Los hijos navegaban en el lago de vez en cuando, por diversión. Una vez, fueron a navegar por el lago cuando de pronto se desató una tormenta. El barco volcó y el hijo menor, Conrad, intentó salvar al mayor, Buck, pero cuando iban tomados de la mano, el mayor se soltó, cayó de la embarcación volcada y se hundió en las aguas embravecidas, y murió. Un año después, sintiendo el rechazo de su madre, intentó suicidarse, pero fracasó. No pudo suicidarse. La película trata de este joven y sus padres, tratando de resolver los dos problemas que revelaron y otros problemas más profundos: el accidente del barco y el intento de suicidio. En terapia, el hijo sobreviviente, Conrad, rompió su corazón endurecido y demostró su amor abiertamente a su madre. Poco a poco, se dio cuenta de que podía superar esas tragedias y vivir una vida alegre. Por ejemplo, él concluyó que si su madre no le amaba como él quería, él la amaría como realmente quería.

 Esta película me inspira y me ha hecho reflexionar sobre cómo integrar nuestras experiencias individuales y compartidas, ya sean positivas o negativas. Por ejemplo, el catalizador que ayudó a este joven a comprender sus experiencias fue su terapeuta. Además, el joven superó sus dificultades precisamente porque su terapeuta también le quería. Mirando nuestro Evangelio, sugiero que fue el amor de Jesús por sus apóstoles lo que les ayudó a comprender sus propias experiencias. En esta línea de pensamiento, veamos cómo Jesús mostró su amor a sus Apóstoles.

 El aspecto del incidente que me gustaría destacar es el momento que Pedro, caminando sobre el agua hacia Jesús, empezó a hundirse. Mateo reportó, **«**... **al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, comenzó a hundirse y gritó: “¡Sálvame, Señor!” Inmediatamente Jesús le tendió la mano, lo sostuvo.»** Mateo escribió claramente que Pedro estaba en peligro de muerte, y rogaba a Jesús, gritando, **«¡Sálvame, Señor!»** Jesús no se enojó porque él tenía poca fe – no intentaba de «enseñarle» una lección y mirarlo hundiéndose por un ratito antes de salvarlo. Al contario, Jesús tendió la mano de inmediato – en el momento en que Pedro gritaba pidiendo ayuda. La calidad de Jesús, cómo guía espiritual, siempre tenía las calidades de ternura y gentiliza. Él no jugaba con sus emociones o su inteligencia. Cuando veía sus necesidades, se ponía en acción para darles precisamente lo que necesitaban para superar una dificultad. Uno podría imaginar el viento y las olas del lago sacudiendo al cuerpo de Pedro, y poco a poco su cuerpo descendió en el agua. En un instante, la mano de Jesús llegó a la mano de Pedro, y lo salvó.

 Esta ternura de Jesús en el momento de crisis de Pedro no solamente tenía un efecto sobre Pedro, sino también sobre los otros discípulos. Si interpreto la experiencia de los otros discípulos en el barco por el filtro del amor, esta gentileza hacia Pedro no podía ser mejor expresión de amor de Jesús hacía él, pero también dirigido hacia los otros discípulos. De ahí, podemos entender su motivación para postrarse ante Jesús -- como reconocimiento de su gran amor hacia ellos.

 Para finalizar, hace tres años, el Papa Francisco predicó sobre este evangelio. Él aprovechó esta lectura para animar a los feligreses en una manera similar como Jesús: tocando nuestras manos en momentos de crisis. Verdaderamente, el Papa está transmitiendo para nosotros este gran acto de Amor de Dios para nosotros. Pero no solamente transmitiendo, el Papa Francisco, igualmente quiere dar su amor a nosotros, como catalizador de nosotros para ver nuestras experiencias en una nueva luz. Él dijo,

**Esta historia es una invitación a abandonarnos con confianza en Dios en todo momento de nuestra vida, especialmente en el momento de la prueba y la turbación. Cuando sentimos fuerte la duda y el miedo parece que nos hundimos, en los momentos difíciles de la vida, donde todo se vuelve oscuro, no tenemos que avergonzarnos de gritar, como Pedro: «¡Señor, sálvame!» (v. 30). Llamar al corazón de Dios, al corazón de Jesús: «¡Señor, sálvame!». ¡Es una bonita oración! Podemos repetirla muchas veces: «¡Señor, sálvame!». [[1]](#footnote-1)**

**1 Reyes 19, 9a. 11-13a**

Al llegar al monte de Dios, el Horeb, el profeta Elías entró en una cueva y permaneció allí. El Señor le dijo: “Sal de la cueva y quédate en el monte para ver al Señor, porque el Señor va a pasar”.

Así lo hizo Elías y, al acercarse el Señor, vino primero un viento huracanado, que partía las montañas y resquebrajaba las rocas; pero el Señor no estaba en el viento. Se produjo después un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Luego vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se escuchó el murmullo de una brisa suave. Al oírlo, Elías se cubrió el rostro con el manto y salió a la entrada de la cueva.

**Rom 9, 1-5**

Hermanos: Les hablo con toda verdad en Cristo; no miento. Mi conciencia me atestigua, con la luz del Espíritu Santo, que tengo una infinita tristeza, y un dolor incesante tortura mi corazón.

Hasta aceptaría verme separado de Cristo, si esto fuera para bien de mis hermanos, los de mi raza y de mi sangre, los israelitas, a quienes pertenecen la adopción filial, la gloria, la alianza, la ley, el culto y las promesas. Ellos son descendientes de los patriarcas; y de su raza, según la carne, nació Cristo, el cual está por encima de todo y es Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Aclamación antes del Evangelio

**Mt 14, 22-33**

En aquel tiempo, inmediatamente después de la multiplicación de los panes, Jesús hizo que sus discípulos subieran a la barca y se dirigieran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedirla, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba él solo allí.

Entretanto, la barca iba ya muy lejos de la costa, y las olas la sacudían, porque el viento era contrario. A la madrugada, Jesús fue hacia ellos, caminando sobre el agua. Los discípulos, al verlo andar sobre el agua, se espantaron, y decían: “¡Es un fantasma!” Y daban gritos de terror. Pero Jesús les dijo enseguida: “Tranquilícense y no teman. Soy yo”.

Entonces le dijo Pedro: “Señor, si eres tú, mándame ir a ti caminando sobre el agua”. Jesús le contestó: “Ven”. Pedro bajó de la barca y comenzó a caminar sobre el agua hacia Jesús; pero al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, comenzó a hundirse y gritó: “¡Sálvame, Señor!” Inmediatamente Jesús le tendió la mano, lo sostuvo y le dijo: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”

En cuanto subieron a la barca, el viento se calmó. Los que estaban en la barca se postraron ante Jesús diciendo: “Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios”.

1. PAPA FRANCISCO; **ÁNGELUS;** Plaza de San Pedro Domingo, 9 de agosto de 2020 [↑](#footnote-ref-1)